

*Recuerdo que una de tus labores dentro de la Dirección de Literatura del INBA era atender a los jóvenes.*

Les daba el *Periódico de poesía*, libros y material diverso que nos llegaba para su divulgación, pero lo más importante es que conversaba con ellos sobre sus inquietudes. Era una pequeña pauta que aligeraba el peso de aquello que querían ser: cuando un joven da un paso adelante en su búsqueda, trae consigo una fuerte carga emocional; si no encuentra un espacio, lo que prosigue es la derrota y el comentario inevitable: "Todo está organizado, son los mismos de siempre". Otro programa interesante era el de apoyo a las revistas independientes, porque fomentaba la articulación taller-revista-café, movimiento natural que sostiene la creación literaria.

*Tengo la impresión de que no sólo animas talleres, revistas, colecciones y cafés literarios sino que constantemente vas a lecturas.*

Me gusta asistir a las presentaciones de libros de los jóvenes para oírlos y sentirlos; es ahí donde despliegan sus esfuerzos, defienden su creación y resisten los embates de aquellos que no asimilan con rapidez el cambio; además de que advierto qué tanto se me conoce y se me ha leído. Creo que es importante estar cerca de los jóvenes por el aspecto espiritual y el apoyo que hay que dar. Muchos de nosotros hemos sido formadores y animadores: Dolores Castro, Alí Chumacero, Rubén Bonifaz Nuño, por mencionar a algunos. Los jóvenes miran el mundo por primera vez, sus ojos no portan consigo el cansancio de los que llevamos más tiempo en la vida, son promesas que habrán de realizarse. No hay que olvidar que así pasa en todos los rincones del mundo.

La mano de Raúl se eleva despacio, hace un gesto levisimo que marca el final de la charla, sus ojos me miran fijamente, son dos chispas que no dejan de arder. Sin duda seguirá iluminando este rincón, abriendo brecha para los que habrán de venir, descubriendo cafés por la ciudad, convocando y discutiendo textos, enseñándonos el alto sentido de estar y ser hombres de palabra. ~

# El prisionero de Zelda

**CLAUDIO ISAAC**

*Para Yuri Fernández,  
amigo y corrector de estilo.*

I

Anduve borracho mucho tiempo, y luego me morí.

F. S. Fitzgerald, *Notas*

⊙ Abrumado tanto por las cuentas del hospital psiquiátrico que llevaba años atendiendo a Zelda, su esposa, como por las colegiaturas del internado europeo donde estudiaba Scottie, su única hija, el escritor F. Scott Fitzgerald fue a dar a Hollywood en busca de un empleo fácil y bien pagado. Pero llegó cabizbajo. Y no la encontró fácil. Su extraordinaria fama había desaparecido en menos de una década, aunque todavía lograba que lo incluyeran en la lista de invitados de las reuniones de Norma Shearer, distinguida actriz de la época y, sobre todo, zarina absoluta de la incipiente industria del cine sonoro, dada su relación de concubinato con Irving Thalberg, ese productor dictatorial y temerario en cuyo arquetípico perfil Fitzgerald acabaría basando el personaje de Monroe Stahr, protagonista de su novela *El último magnate*.

Un domingo por la tarde, la señora Shearer dio una fiesta en su casa de playa. Allí llegaron Lupe Vélez y John Gilbert, Jean Harlow, Charles Chaplin y Douglas Fairbanks. Mary Pickford se quedó en casa, pretextando catarro, cuando en realidad estaba disgustada con su marido Doug por ponerle los cuernos con una actriz segundona que había aparecido brevemente como una de las novias de Drácula en la película del mismo nombre, recién producida el año anterior. Por cierto, Béla Lugosi también estaba en la fiesta: aún era —aunque no por mucho tiempo más— una estrella rutilante. Fitzgerald llegó tarde y era evidente, por su desencajada expresión, su avanzado estado de ebriedad. En la reunión tumultuosa pasó de la timidez triste a un protagonismo inaudito y aun más triste.

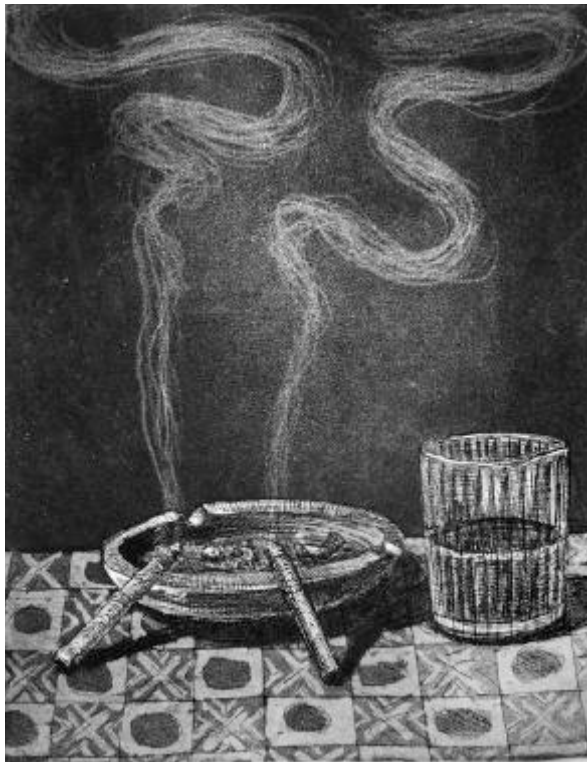
Para sorpresa de todos, se posó al centro del salón principal, junto al piano de

cola, y le pidió al galán Ramón Novarro que le acompañara una canción. Mientras Novarro se sentaba frente al teclado, Fitzgerald abrazó al perro faldero de Norma Shearer, bautizado Mr. Shambles, y le dedicó de principio a fin su versión cantada de la pieza de moda titulada “Say What I Wanna Hear You Say”. Pero nadie dijo nada. En absoluto. No hubo quien soportara el espectáculo. Dejando el salón antes que los demás —según asegura su biógrafo Floyd Conner— Lupe Vélez le reclamó a Gilbert algo sobre su amasiato con Greta Garbo, no del todo concluido, mientras Fairbanks y Chaplín se fueron del brazo a la terraza para hablar de negocios. Por mera cortesía, Novarro, el primer Ben-Hur de la pantalla, e igualmente el primer connotado gran maricón de la industria fílmica, terminó la interpretación al piano. La señora Shearer, una anfitriona impecable, también se quedó hasta el final. Tras tomar a Mr. Shambles de brazos de Fitzgerald, la Shearer mandó llamar a su chofer para que se llevara al escritor a casa.

## II

A la mañana siguiente, Fitzgerald descubrió que se había quedado dormido en el salón de la entrada de su apartamento, y llevaba aún puesta la ropa de etiqueta de la víspera, con todo y corbata de moño. Se desnudó con prisa y se dio un regaderazo. Ese día tenía que firmar un nuevo contrato con los directivos de la compañía Metro-Goldwyn-Mayer, la famosa MGM. Entre nubes de vapor, bajo el chorro caliente del agua en la nuca, pensó que hacer el ridículo era ya su especialidad, sobre todo ante aquellos de quienes podía depender que obtuviera trabajo o no.

*Vengo hasta aquí para venderme a ellos, descaradamente. Y lo echo todo a perder. Ahora que si no me vendiera a ellos, ¿tendría otra cosa qué hacer? ¿Todavía podría escribir un libro decente? Quién sabe. Ya nadie parece molestarse en leer lo que escribo, y los tres críticos que sí repasan mi trabajo lo hacen trizas. Soy y siempre fui como el papel de plata de las cajetillas de*



*tabaco, de un brillo engañoso. Y el público averiguó el engaño muy pronto. Los críticos siempre lo supieron, por eso no me consideraron más que un fenómeno de ventas. Pero incluso eso pasó ya, mis regalías vienen a cuentagotas y ahora estoy donde debo estar, donde debí estar siempre, a la venta. ¿Me querrán comprar? Apuntar idea para cuento sobre chica que por fin se decide a meterse de prostituta pero en su primera noche de salida llueve y nadie la recoge. Siempre se queda con la duda: ¿fue la lluvia o es que nadie me quiere? ¿Habrá mayor degradación?*

Luego el agua se enfrió sensiblemente y pasó a pensar en Zelda, con una punzada, a extrañarla, sintiéndose aún prisionero suyo, responsable de su locura, impotente ante su mal y ante el amor que todavía le unía a ella de modo medular, secreto pero irrenunciable: un prisionero.

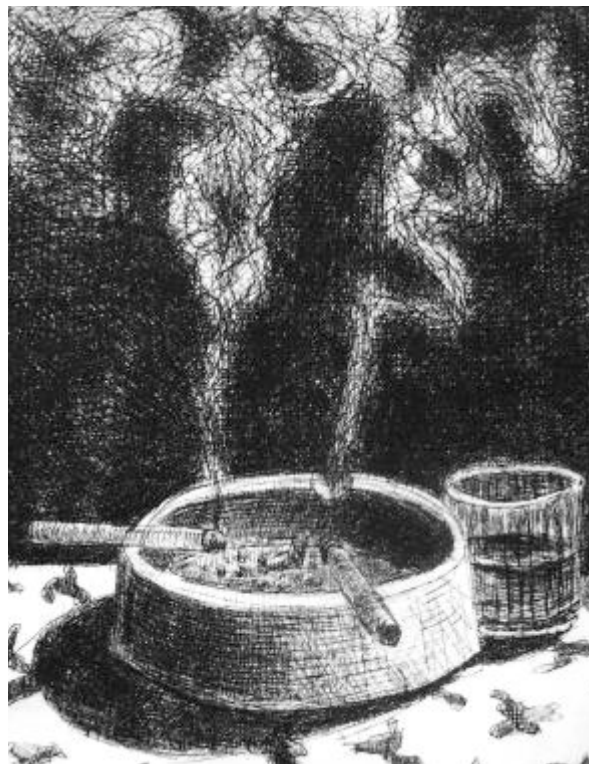
## III

En su recorrido por los terrenos del estudio, Fitzgerald confirmó que todavía estaban ahí las extravagantes celosías chinescas usadas en la filmación apenas terminada de *La máscara de Fu-Manchú*, mientras que ya se construían los fastuosos decorados para *Rasputín y la Emperatriz*. El serruchar y martillar escandalosos del departamento de carpintería, más las vociferaciones de los obreros, obligaron al convaleciente escritor a orillarse hacia el edificio de utilería y vestuario, donde vio interrumpida su marcha por el inacabable perchero con los vestidos que Myrna Loy acababa de usar en *The West Parade*. Fitzgerald tuvo que sacarle la vuelta al perchero, sólo para toparse con la silla de ruedas que Walter Huston continuaba usando en la filmación de *Kongo*. Por un momento quiso sentarse en ella. Le volvió el aire melodramático cuando se dijo: *En realidad soy un paralítico y me merezco la silla.*

Estaba por llegar al edificio que alojaba las oficinas de los ejecutivos principales cuando se percató de que le sobraba un poco de tiempo. “Daría cualquier cosa por un trago de ginebra”, murmuró para sí, pero se

dirigió al área del restaurante en busca de un paliativo *ginger-ale*, que al fin y al cabo le subiría el azúcar por un rato, lo suficiente como para sostener un diálogo breve con Irving Thalberg, con quien había de entrevistarse.

En esos precisos momentos, Thalberg estaba en el foro nueve, discutiendo algunos pormenores con el director Tod Browning, quien, tras su éxito de taquilla con *Drácula*, había sido contratado para realizar una cinta que “sobrepasara los sustos despertados por *Frankenstein*”, de la compañía competidora Universal. Mientras productor y director trataban de ponerse de acuerdo en ciertos puntos clave del trabajo en curso, el reparato, constituido mayormente por un nutrido grupo de verdaderos fenómenos humanos sin maquillaje, fue despedido a tomar refrigerios hasta la hora de decidirse la reanudación del rodaje de la película, que se titularía precisamente *Freaks*. Aunque se preveía que la sensacionalista *Freaks* resultaría de un atractivo morboso enorme para las audiencias masivas del género de horror, Thalberg, que era un mercachifle pero a la vez poseía una sensibilidad aguda, resentía una especie de desajuste moral en todo el asunto: la historia es referida por la Mujer Gallina de un circo ambulante en una narración retrospectiva. “¿Cómo es que terminó así?”, le preguntaría un visitante del circo. A lo que ella contestaría: “Yo fui alguna vez normal, bella y atractiva”. “¿Y qué le pasó?” “Consecuencias de mi ambición desmedida y mi avaricia, pero sobre todo de mi repelencia a los fenómenos del circo, que son gente buena si la hay. Mi falta de piedad e incluso mi burla hacia ellos me condenaron. Fui castigada por el cielo y



me quedé convertida en mujer con cuerpo de gallina, qué mejor lección para una vanidosa altiva.”

A Thalberg le contrariaba que la moraleja de la película iba en sentido absolutamente opuesto a lo que la misma explotaba y capitalizaba: el rechazo a los seres distintos, el horror común ante las aberraciones de la morfología y las anomalías que con imprecisión y seguramente con mezquindad llamamos monstruosas. Una contradicción a la que el productor reaccionaba con una neta irritabilidad sensorial. Discutió con el director pero nunca resolvieron el problema y así quedó la película, más tarde descubierta por los críticos franceses y alabada por ellos como una joya del cine de autor. Nunca repararon en lo que Thalberg señaló en su momento con todo tino y sin sentirse profundo ni intelectual.

#### IV

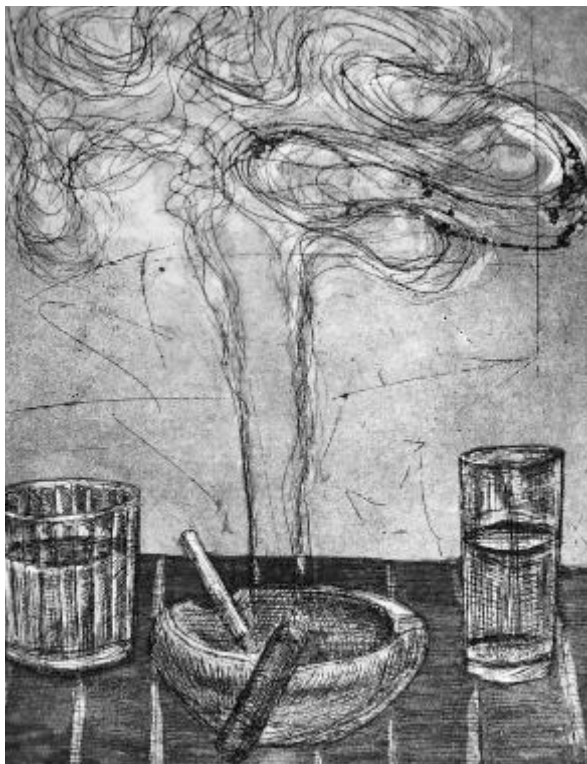
Pero regresemos a lo que nos atañe. Sudando frío y con un dolor de cabeza ya bien afirmado en las sienes, resignado a tomarse un agua de soda en vez del trago de ginebra, Fitzgerald sintió que en serio comenzaba a delirar cuando recorrió el pasillo que conducía al restaurante de los estudios —extrañamente, esto también lo consigna el biógrafo de Lupe Vélez. La luz de neón del techo cintilaba por una falla eléctrica y mientras se acercaba a las puertas batientes se escuchaba, cada vez más fuerte, un coro de gemidos estentóreos y risotadas. Al abrir las puertas, no podía creer lo que tenía enfrente. Bien podían ser visiones pautadas por la severa resaca: bromeando y jugueteando, pidiendo bebidas refrescantes y comida, sin concierto alguno, unos sentados y otros parados, moviéndose como en una coreografía

desacompasada pero vivaz, estaba ante sus ojos la espeluznante corte formada por los miembros principales del reparto de *Freaks*: a unos pasos suyos, compartiendo una jovialidad sin tregua, estaban seis enanos liliputianos, de risillas taladrantes; las hermanas siamesas; la serena mujer barbuda; los hermanos microcéfalos de pasividad rotunda; el hombre gusano; un mulato sin pies ni brazos, que se arrastraba sobre una mesa, con un tenedor entre los dientes; el hombre con articulaciones de goma, en paños menores y luciendo un gorro tejido de lana que terminaba en un pompón; el desdentado hombre pájaro, envuelto en su boa de plumas, y el elegante caballero sin torso, con una sonrisa a medias, pero sonrisa franca al fin, todos mal pastoreados por un asistente de producción encorvado y de vista corta, un tipo exhausto. La mujer barbu-

da vio a Fitzgerald y le extendió los brazos en un gesto maternal de bienvenida. A Scott le iba a estallar la cabeza. Lanzó un alarido hacia adentro, con la boca cerrada, apretando los dientes y con los ojos también cerrados, y dio la media vuelta hacia las puertas batientes, de espaldas a la bizarra madona. Tras recorrer de regreso el pasillo iluminado a centelleos, se inclinó contra un muro, con la respiración agitada, como si hubiese corrido todo el trayecto.

*Dios mío, se dijo. Ya conocí a la glamourosa Dietrich, a la misteriosa Garbo, a la exótica actriz infantil Shirley Temple (los calificativos provienen de una carta de Fitzgerald). Ya vi todo eso, ya vi todo lo que tengo que ver en Hollywood. Todos son fenómenos, fenómenos y más fenómenos. Me voy.*

Y sin embargo no se fue. Se quedó y allí murió.



V

...carta de amor con faltas de lenguaje...

Octavio Paz, *Pasado en claro*

Entre las diez últimas cartas devotas que Scott le escribió a Zelda, una concluye explicando que si su guión para Shirley Temple era aceptado por fin podría recuperar un estatus. Aunque la honestidad transparente y tantas veces desgarradora era un fuerte de Fitzgerald, el autoengaño también lo era, de modo que esas palabras confesionales sólo podían ir dirigidas a su compañera y confidente, a la pintora y bailarina y escritora Zelda Zaire, que lo entendía como nadie más, pues lo llevaba eternamente dentro de sí, pues no sólo eran cómplices por un ardiente amor joven sino también por compartir una temprana vocación por el desastre y la autodestrucción: con unos cuantos golpes de cincel, golpes de inocente desmesura, de trágica candidez, fueron acabándose el uno al otro y a sí mismos, incinerando su amor y su buena fortuna, lo que tenían juntos. Las cartas iniciales de la pareja abundan en ñoñerías, en infantilismos y juegos de coquetería pueril. Pero de una carta a otra, con el paso del tiempo, va arrancando el vuelo de una entrega cada vez más honda y seria. Plagada de faltas de ortografía, más las de él que las

de ella, surge en esa correspondencia abundante el brioso fluir de un caudal de palabras de cariño vivo, de adoración que crece, y queda patente el paso de una alegre ceguera a una tardía toma de conciencia, que les llega a tiempo sólo para hacer más dolorosa la situación del destino ya labrado.

Fueron juntos como un fuego sin control, que podía inspirar y enaltecer pero también devastar. Seres iluminados y visionarios, niños sobrecrecidos y traviesos. El resto de sus vidas dieron tumbos entre cenizas sin lograr renacer. Cenizas, habiendo sido fuego.

A propósito de ello, de entre las docenas de anécdotas de la pareja que trascendieron hacia lo legendario o, al menos, a los pasquines biográficos de la época, está aquella referida a una ocasión en que, ausente Scott de la casa, Zelda mandó llamar a los bomberos. Cuando éstos preguntaron dónde estaba

el fuego, ella les mostró el escote e indicó: "Aquí".

A su vez Scott, por más errático que pareciera durante un periodo u otro, cercano o distante de su esposa, siempre estaba velando por ella, y cada cuento vendido a la revista *Esquire* o proyecto de novela o guión de cine entrañaba debajo un cálculo monetario que se traduciría en bienestar para Zelda y su hija. Su sueño creativo siempre estaba permeado por ese sesgo de responsabilidad. Así que cuando se dijo: *me voy*, quiso ser firme pero no pudo. *¿Me voy adónde? ¿Adónde podía ir? ¿A refugiarse en un pabellón psiquiátrico junto con Zelda? ¿A una celda con Zelda?*

VI

"Se los demostré", se decía. "Fue una pelea dura, pero no me rendí y salí adelante...".

FSF, *Los bellos y malditos*

El único camino que le quedaba era reconstruirse, fortalecerse y reconstruirse y dar la lucha allí mismo. En cosa de meses, con ayuda de su tesonera secretaria, la casi adolescente Frances Kroll, Fitzgerald le alcanzó a dar estructura a su vida doméstica, que gira-

ba alrededor del trabajo. Una vez que Frances despachó en un lejano basurero municipal las bolsas repletas de botellas vacías que a Scott le daba vergüenza entregar al recogedor de basura de su cuadra, mandaron traer de la abarrotería varias cajas de refrescos de soda, una dotación que rindiera para redactar un libro entero o dos. Entre eso y sándwiches sencillos quedaría cubierta la cuestión alimenticia. Lo demás sería trabajo: dictado por la mañana y revisión por la tarde. Del aspecto emocional quedaría a cargo su novia Sheilah Graham. Por supuesto, Sheilah no le calaba el alma en las honduras que Zelda, pero tampoco le causaba esos estragos. Con Sheilah las cosas tenían equilibrio y sanidad, podía respirarse serenamente. Un complemento ideal para los años venideros, entregados a la edificación de la obra literaria, el cuerpo de trabajo completo como ambicioso proyecto vital. De hecho, vista bien, su situación podía entonces equipararse a la fórmula de Stendhal para la felicidad. Fitzgerald se dedicó horas, días y semanas a planear y bocetar sus libros futuros: ensayos, cuentos, novelas, incluso novelas monumentales en serie, trilogías y tetralogías en base a grandes temas humanos. Notas, apuntes y proyectos vislumbrados. Entusiasmo y fe. Fitzgerald llegó a sentirse bien consigo mismo, al menos dejó de atormentarse un poco, por un rato. Pero el hombre, como él muy bien había intuido en su ensayo autoexploratorio de 1936, estaba quebrado, quebrado por dentro, del alma. Como un plato roto imposible de restaurar porque la porcelana es demasiado fina, demasiado frágil, y sus astillas se pierden o se hacen polvo.

El hombre podía fingir y, de hecho, fingió muy bien su papel durante un lapso. Convenció a todos, se convenció a sí mismo y fue casi feliz. Pero ya no había combustible para sostener el paso hacia delante. Aun

así, mantuvo la sonrisa y la mejor disposición por un buen tiempo, dictándole a Frances sus ocurrencias nocturnas, sus nuevas ideas, sus constantes cartas a Scottie y a Zelda y también, cosa curiosa, una veintena de cuentos y una novela que constituyen su invaluable testamento sobre Hollywood. Los cuentos giran alrededor de un álter ego llamado Pat Hobby, a veces conmovedor, a veces sólo patético, un guionista que “alguna vez tuvo casa con alberca” y ahora reescribe diálogos para películas de tercera. Por su lado, la novela penetra los inquietantes mecanismos mentales del productor Monroe Stahr, el último de un género en extinción. ¿Acaso no sería Stahr también, en otro sentido, un álter ego? Este libro quedó delineado del todo pero inacabado. En un margen del manuscrito el autor dejó un recado significativo del punto ciego que creía haber alcanzado: “Reescribir nada más desde el estado de ánimo puro. El libro se ha tornado rígido de tan sobretrabajado. Ya no revisar versiones anteriores”. Parecía una indicación para un editor póstumo.

## VII

Una tarde, Frances Kroll regresó al trabajo pero Scott ya no estaba. Había desaparecido para irse a comprar un par de botellas de ginebra. Anduvo vagando por las afueras de Los Ángeles hasta llegar de nuevo al corazón de Hollywood: se encerró en The Gardens of Allah, un prostíbulo notorio, apenas enmascarado como hotel de lujo. En el salón fumador compró una tarjeta postal que ostentaba la imagen del predio mismo rodeado de vastos jardines, la mansión que hasta hacía poco había sido propiedad de la diva del cine mudo Alla Nazimova. Desde ahí, con desesperación ensordinada, se escribió a sí mismo en el reverso de la tarjeta una nota que leía: “Queri-

do Scott: ¿Cómo has estado? He tenido intenciones de pasar a verte. He estado en The Gardens of Allah. Tuyo, Scott Fitzgerald”.

Es evidente que entre el parque de diversiones y su domicilio en North Laurel Avenue el alma de Scott se había perdido y ya nunca la encontraría.

## VIII

Al fin sobrio y apaciguado, Scott murió muy pronto, casi en los brazos de Sheilah. Por haber dejado de ser un católico practicante, su cuerpo no fue admitido en el Cementerio de Santa María en Rockville, Maryland, donde descansaban los restos de la mayoría de sus ancestros. Fue enviado al panteón de Rockville Union.

Ocho años después, Zelda perece durante un incendio en la clínica, encerrada en su cuarto con otras ocho pacientes. La reconocieron porque llevaba puesta una zapatilla que parecía de ballet. Siguiendo la lógica del romanticismo, fue enterrada en Rockville Union al lado del que en vida había seguido siendo su marido. Sheilah tuvo el buen juicio de quedarse en casa con su pesar de viuda extraoficial. Treinta años después, la Arquidiócesis Católica de Washington invalidó el criterio anterior y los restos mortales de Zelda y Scott ingresaron al cementerio de Santa María, donde yacen bajo una lápida inscrita con las palabras finales de *El gran Gatsby*: “Así es que seguimos, a golpe de remo, barco contra la corriente, llevados incesantemente hacia el pasado”.

Finalmente, los Fitzgerald, Zelda y Scott, juntos, vigilados por las criptas de los demás familiares. Parecería un castigo de ultratumba por tener ambos —chicos traviesos del siglo naciente— tan mala ortografía. ~